

## Una bendición llamada leucemia

*«He aquí que yo les traeré sanidad y medicina; y los curaré, y les revelaré abundancia de paz y de verdad».*

Jeremías 33: 6 RV60

Entré en un estado de histeria al escuchar el diagnóstico del médico: leucemia mielóide aguda M1, con un 95 % de la médula ósea invadida por el cáncer.

El médico me explicó que debía someterme a agresivas quimioterapias y que, si sobrevivía a estas, sería necesario un trasplante de médula ósea ya que mi médula quedaría sin funcionar o produciendo células cancerígenas.

En mi situación, había tres condiciones que debían cumplirse: fortaleza física para resistir las quimioterapias, tener un donante de médula ósea 100 % compatible conmigo, y contar con los recursos financieros para pagar no solo los altos costos de las quimioterapias y el trasplante de médula, sino también los medicamentos y tratamientos que por largos años requeriría.

Inicié las sesiones de quimioterapia en mi país, Honduras y, al mismo tiempo, mis padres enviaron mi expediente médico y las muestras de sangre para saber mi compatibilidad con la de mis dos hermanos al National Institutes of Health (NIH), en Bethesda, Maryland, Estados Unidos. Tenía que esperar a ser aceptada en el hospital y a tener el resultado de compatibilidad con mis hermanos para ser candidata al trasplante.

Los meses transcurrieron y al finalizar la cuarta quimioterapia, me encontraba muy débil y deteriorada físicamente, presenté cua-

tro paros cardiacos, por lo que fue necesario conectarme a un respirador artificial en la sala de cuidados intensivos. Para ese entonces, había estado hospitalizada durante cinco meses de manera continua en un hospital privado recibiendo las quimioterapias, lo cual había agotado no solo mi fuerza física, sino también en gran cantidad los recursos económicos de mis padres.

Las posibilidades de vida se reducían cada día, ya no era tan solo la enfermedad y el tratamiento de quimioterapia, ahora había que esperar el resultado de los cuatro paros cardiacos que había sufrido consecutivamente por un espacio de 45 minutos. Esto sin contar que estábamos a la espera de los resultados de compatibilidad de mis dos hermanos, los únicos candidatos para ser mis donantes. Las posibilidades de compatibilidad con ellos eran de un 6 % por los factores genéticos y por el número de hermanos que éramos.

Después de estar días conectada a un respirador, Dios me permitió salir de la sala de cuidados intensivos, los médicos no se explican cómo no me quedaron secuelas en el cerebro ni en el corazón después de haber tenido que realizarme el mecanismo de resucitación y habiendo tenido falta de oxigenación en el cerebro durante tan largo tiempo.

Casi al mismo tiempo que salía de la sala de cuidados intensivos y me recuperaba de

los paros cardíacos, recibimos los resultados de las pruebas de compatibilidad, de estos resultados dependía mi trasplante. Caímos de rodillas al leer el resultado, Dios había provisto el donante, mi hermano mayor Saúl era compatible conmigo en un 100 %.

Como en un abrir y cerrar de ojos me encontré nuevamente en una cama de hospital, viajé directamente al NIH para realizarme el trasplante. Mi hermano, mi otra mitad como le llamo desde ese entonces, se sometió a tratamientos rigurosos para aumentar su producción de células madre y linfocitos; y yo, nuevamente me encontré recibiendo tratamientos de quimioterapias, radiaciones totales del cuerpo y muchos otros tratamientos para estar listos para el trasplante.

El 5 de octubre del 2004, se me practicó un trasplante de médula ósea. Nuevamente, la sombra de la muerte y las complicaciones por las reacciones del trasplante en mi cuerpo rodeaban mi vida y volvieron a situarme en una condición crítica y de dolor físico y emocional.

En ese momento, tuve un encuentro con Jesús y le entregué mi vida. Le pedí perdón, restauración y acepté su voluntad en cuanto a mi sanidad física. Ese día nací de nuevo, rodeada de incertidumbre, dolor y desesperación, pero Jesús me había dado la paz y la sanidad interior que tanto necesitaba.

Mi recuperación fue lenta, muchas complicaciones surgieron, el dolor físico y la muerte siguieron rodeando mi vida, pero yo sentía paz, había sido perdonada y restaurada por Jesús, tenía esperanza cualquiera fuera la situación por enfrentar o mi destino final. Dios convirtió este dolor en la experiencia más extraordinaria para mí, ya que pude tener un encuentro verdadero con Jesús, y pude vivir milagros inimaginables sali-

dos de sus manos de amor y dedicados especialmente para mí.

Vivo agradecida con Dios por su perdón y restauración, y por la sanidad física que me ha regalado durante estos más de dieciocho años desde mi trasplante. Durante estos años, he tenido otros desafíos serios de salud, pero sus brazos de amor siguen firmes y extendidos para mí todos los días. Agradezco a mis padres Jesús y América por su fe inquebrantable, por su confianza en que la sanidad vendría de Dios a pesar de los pronósticos médicos, por no pensar en nada para que yo lo tuviera todo. Doy gracias a mi esposo Roberto, por su amor y dedicación, por ser quien le ha dado vida a mis años, por aceptar el reto de acompañarme en la vida sin saber qué nos traería el futuro; a mi hermano Saúl, mi donante, mi otra mitad, por regalarme de su vida, para que yo siguiera viviendo; a mi hermano Jesús, mi niño valiente, por ser el roble fuerte donde mis padres y yo siempre descansamos; a mis cuñadas Andrea y Marianne; a mi familia; a mi equipo de médicos y enfermeras, porque me ayudaron a pelear esta batalla; a los miembros de la Iglesia Adventista de Tepeyac en Honduras; y a mi pastor Carlos Fres y su familia, ungido de Dios, con un poderoso don de oración por dedicar largas horas de oración y súplicas a Dios, clamando por mi sanidad; porque sus oraciones intercesoras llegaron al atrio celestial y me dieron la oportunidad no solo de recibir la sanidad física, sino también de comprender y aceptar el gran sacrificio que Cristo hizo por mí en la cruz del Calvario.

**Gisselle Abastida de Brown,**  
asistente profesional,

Departamento de Escuela Sabática,  
Misión Adventista y Ministerio de Posibilidades,  
División Interamericana.